

La novela proletaria



Joaquín Alcaraz

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: **AUGUSTO VIVERO**

Año I



Núm. 8

EL CONFIDENTE

por

EDUARDO DE GUZMAN

Portada de **ALCARAZ**



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

01717

LA NOVELA PROLETARIA

ha publicado los siguientes números, que servirá a los corresponsales:

Sindicalista de acción, por Augusto Vivero.

Una pedrada a la Virgen, por J. Antonio Balbontín.

Las ánimas benditas, por Eduardo Barriobero.

La caída del dictador, por Angel Pestaña.

Mi dama y mi «star», por Angel Samblancat.

¡Pero mató a un burgués!, por Alfonso Martínez Carrasco.

Las calaveras de plomo, por el capitán Sediles.

El confidente, por Eduardo de Guzmán.

El próximo número se titulará

A tiro limpio

por

AUGUSTO VIVERO

Imp. Campos (hijos), Castelar, 30, Madrid.

Retrato literario de Guzmán

Mozo de cuerpo y mozo de alma, en Eduardo de Guzmán hay uno de los más sanos, puros y briosos luchadores de la España nueva.

Por eso, no obstante su mocedad, Guzmán es uno de los escritores revolucionarios, sinceramente revolucionarios, más populares entre las clases proletarias. Como galardón de sus obras, lleva en el pecho las veneras de innumerables procesos, todos caídos sobre él en lucha por la libertad y por la justicia. Pero él sigue su camino, alta la frente, risueño el gesto, diciendo con son laico—Guzmán es un laico irredu-

cible—: —*Bienaventurados los que padecen persecuciones por la Justicia.*

Este muchacho, que en la pugna por un régimen social mejor pone toda la nobleza y todo el brio de sus aficiones deportistas, es de los que no tiemblan ni vacilan.

Su prosa, buida, flexible, tajante, tiene algo de hoja toledana. Véase correr por ella, además, un pensamiento enrojecido por la lumbre de los ideales, y siempre hacer recordar que aquella punta heridora tiene al otro extremo un corazón macho.

Por eso, Eduardo de Guzmán, tan joven, tan nuevo en lides literarias, descuella con personalidad robusta en el campo de las izquierdas revolucionarias. No es el esgrimista italiano—florituras y jeribeques—, sino el bravo paladín que, con la sonrisa en los labios, arremete silencioso contra la turbamul-

ta de los enemigos, sin contar su número ni defender el cuerpo contra los golpes de esas cosas que se llaman leyes, y con las cuales el Mundo viejo se ampara contra el afán de vida justiciera del Mundo nuevo.

En El confidente—más realidad que novela—, el ya ilustre prosador se muestra de cuerpo entero en su odio contra las supervivencias del pasado, una de las cuales, y no de las menos odiosas, es el tipo del eterno Judas, del traidor que siempre se desliza entre los luchadores para entregarlos a sus enemigos y atajar los avances de la idealidad revolucionaria en marcha.

Leed esta prosa, natural, coloreada por la ira y el desprecio, y veréis en cada una de las facetas del conmovedor relato la pureza del pensador, la nobleza del combatiente, que odia más a los traidores emboscados en la sombra que

a los enemigos implacables. Leed El confidente—un drama de los millares de dramas del Redentorismo humano—, y por seguro que todos, los que aún no conozcáis a este mozo de alma formidable, diréis con jubiloso entusiasmo: —¡He aquí uno de los nuestros!



El confidente

I

Nervioso, un poco pálido, Juan se levantó. Con paso lento se acercó al mostrador. Miró la hora. A su boca acudió rápida la sospecha que desde hacía un rato le martilleaba las sienes:

—¡Las cuatro y media ya, y ese sin venir! ¿Nos habrá traicionado?

Desde la mesa del rincón, los tres compañeros le miraron en silencio. Por sus mentes había cruzado también la terrible sospecha. Pero, internamente, trataban de convencerse de lo infundado de sus temores. Antonio, por decir algo afirmó:

—Vendrá. Aún no es demasiado tarde. Ha podido ocurrirle cualquier cosa.

Juan, reclinado sobre el mostrador, movió dubitativamente la cabeza.

El bar estaba desierto. Tabernáculo de barriada, con pretensiones modernistas, frecuentado por trabajadores, sólo se veía concurrido a primera hora de la mañana y por la noche. Hasta el chico del mostrador, que conocía a los visitantes, se había ido tranquilamente a un recado.

Los cuatro hombres tenían tipo de trabajadores; frentes amplias de pensadores; ojos exaltados de idealistas prestos a todas las audacias y todos los sacrificios. Mandíbulas cerradas que hablaban de una energía poco corriente. Y manos callosas de quien diariamente se gana el pan con el esfuerzo de sus brazos.

Pasaron unos minutos. Juan, apoyado en el mostrador, parecía sumido en profundas meditaciones. Sus compañeros fumaban en silencio, hondamente concentrados.

De pronto, la puerta de cristales se abrió con estrépito. Cuatro pistolas amenazadoras, apuntando en todas direcciones. Y tras ellas, unos ojos inyectados en sangre, unos rostros demudados en los que se leía, conjuntamente, el terror y el deseo de terminar pronto.

Juan se volvió rápido. Al frente de los que entra-

ban iba un hombre alto, atlético. Con la rapidez de un relámpago, por la mente del anarquista cruzó el recuerdo de un calabozo sombrío, de unas esposas que se clavaban despiadadamente en sus muñecas. Y de aquél mismo hombre abofeteándolo cobarde, canallescamemente, mientras de sus labios salían las palabras más ofensivas.

Pero más rápidas que su imaginación fueron las pistolas de los policías que entraban. Juan oyó—no había terminado aún de volverse hacia la puerta—el ruido de varios disparos. Y se sintió herido. En el vientre; en el pecho.

Rodó por el suelo. Pero ya sus compañeros estaban en pie, pistola en mano, dando la réplica a los asaltantes. Sonaron varios tiros. Los policías, olvidando al caído, contestaron a sus compañeros. Juan, en el suelo, tuvo fuerzas para sacar su pistola. Apuntó sereno, con rabia; tiró certeramente, contra el hombre odiado, contra la sombra negra que se interponía siempre en su camino.

El polizone—aquel González, de triste recuerdo para los trabajadores—recibió un tiro en pleno pecho. Vaciló primero sobre sus piernas; cayó pesadamente después, sin exhalar un grito.

Al verle caer, sus compañeros se batieron en retirada. Sin dejar de disparar, retrocedieron hasta la

calle; echaron a correr luego. Rastros de sangre dejados en la huída, atestiguaban que las balas de los anarquistas habían llegado a su destino.

La escena—rapidísima—apenas si había durado un minuto. Dos de los compañeros se acercaron rápidos a Juan. El otro, desde la puerta, contestaba a los disparos que policías y guardias hacían desde el exterior. Levantaron, inquirieron su estado. Con trabajo habló el herido:

—López nos ha vendido. ¡ Lo que yo me temía !

Antonio replicó:

—Ya arreglaremos cuentas con él. Ahora hay que ver la manera de salvarse.

Se aproximó a la puerta. Al través de los destrozados cristales se veían, medio ocultos en los portales de la acera de enfrente, policías y guardias, pistola en mano. Difícil se presentaba la huída; pero no era hombre que se asustara fácilmente. Volvió al lado del herido:

—Entre Pedro y yo te llevaremos. Felipe nos cubrirá la retirada. Saldremos disparando y nos abriremos paso.

Juan, con una sonrisa en los labios, le interrumpió:

—No; nos matarían a todos. Y es preciso que se salve alguien para vengar a los que caigan. Yo ya tengo bastante. Moriría de todos modos. Marcharos

vosotros sólo; yo sería un estorbo. Podréis abriros paso disparando; echad a correr; quizá haya por ahí un auto del que podáis apoderaros. Yo seguiré aquí, disparando mientras me queden fuerzas...

Antonio intentó protestar. Rápido, enérgico, Juan ordenó:

—¡Marcharos y dejadme!

Pedro quiso objetar algo; inmutable, el herido añadió:

—¡Escapar pronto! ¡Si no, nos matarán a todos!

Tenía razón. Había que prepararse rápidamente. Entre Pedro y Antonio volcaron el mostrador y amontonaron las mesas formando una barricada delante del herido. Dejaron dos pistolas y varios cargadores de repuesto. Luego, examinaron sus armas. Estaban en disposición de hacer fuego. Se despidieron de Juan. Rápidamente. Un fuerte apretón de manos, con lágrimas en los ojos, sin palabras. Únicamente, Antonio dijo:

—Te vengaremos. Uno sólo que salga con vida, es la seguridad de que López morirá pronto.

Luego se acercaron a la puerta. La última mirada al compañero. Una frase breve de despedida:

—Hasta nunca.

De los labios de Juan brotó por última vez, acaso, el vitor querido:

—¡ Viva la anarquía !

Preparados ya, Antonio dió la voz:

—¡ Ahora !

Los tres se lanzaron a la calle. Sus pistolas trazaron un círculo de fuego. Los policías, acobardados, disparaban también, asomando las manos fuera de los portales que les servían de escondite. Pero sin atreverse a dar la cara a los que hufan.

Uno, más valiente, asomó la cabeza. Pedro le tumbó de un disparo certero.

Los fugitivos corrían calle abajo. De vez en cuando, sin dejar de correr, se volvían para disparar. Fueron unos instantes de angustiosa huida. Felipe se detuvo de pronto; estaba herido. Sintió flojear las piernas, nublársele los ojos. Antonio le sostuvo.

—¡ Animo !, le gritó.

Con un esfuerzo supremo, Felipe se repuso. Se enderezó. Disparó su pistola sobre unos policías que venían en su seguimiento, y continuó la huida:

—No es nada—le dijo a Antonio. Corre.

Siguieron corriendo. Al volver una esquina, un auto parado. En el volante un muchacho joven. Había oído los disparos y miraba alarmado en todas direcciones. No tuvo tiempo de reflexionar. Tres pistolas le apuntaron a la cabeza, y una voz imperiosa ordenó:

—¡ A toda marcha o te mato !

Obedeció. Pisó a fondo el acelerador. El coche dió un brinco y enfiló a toda marcha hacia el centro de la ciudad. Los perseguidores hicieron los últimos disparos. Antonio, desde el asiento posterior, disparó también.

Pronto los policías quedaron atrás. El auto atravesó a toda marcha la ciudad. Nadie sospechó nada. Pedro examinaba a Felipe. Tenía un balazo en la pierna derecha. Con unos pañuelos taponó la herida, conteniendo la hemorragia.

Llegaron a las afueras de la ciudad. En un descampado ordenó Antonio:

—¡ Para !

Descendieron. La carretera se abría libre ante el coche. Atrás, a unos cuantos metros, comenzaba uno de los arrabales de la ciudad. Ordenaron al dueño del coche:

—Dale toda marcha al coche. Y no se te ocurra volver por aquí en menos de una hora. Si vuelves, es posible que estuviéramos por aquí y no salieras muy bien librado.

El auto emprendió la marcha ordenada. Los tres anarquistas, la mano en el bolsillo de la americana, donde la pistola estaba preparada para hacer fue-

go, se internaron en el barrio. Conocían perfectamente el terreno.

Atravesando intrincadas callejuelas del barrio pobre, caminaron durante un rato. Luego, llamaron en casa de un amigo. Hicieron la primera cura al herido. Una hora después, separados, se dirigieron hacia un refugio seguro.

A las ocho salieron los primeros periódicos. Daban cuenta detallada de lo ocurrido. Uno de ellos, en grandes titulares, decía en primera página:

«Unos atracadores, reunidos en un bar para preparar un asalto, disparan sobre la policía al ser sorprendidos y matan a dos agentes y hieren a varios más. Un atracador muerto. Tres, consiguen escapar.»

Leyeron el relato oficial. Se les llamaba ladrones profesionales. Se les acusaba de haber cometido infinidad de atracos; se les tildaba con los peores epítetos. Y se pedían del Gobierno medidas enérgicas para terminar con aquellos bandidos, vergüenza de la gran ciudad.

Al través del relato oficial, fueron los tres anarquistas enterándose de lo ocurrido después de su partida. Juan había resistido heroicamente. Durante dos horas hizo frente a los ataques de la policía y los guardias. Para reducirlo, ante el bar se había concentrado un verdadero ejército dirigido por los altos

jefes policiales. ¡ Hasta una ametralladora llevaron ! Pero no tuvieron que utilizarla. A las dos horas de resistir, cuando ya había tumbado, heridos o muertos, a varios que pretendieron entrar, y sembrado el terror entre los restantes, Juan, desangrado, no pudo seguir disparando. Los policías entraron entonces. Lo encontraron muerto, con la pistola en la mano. No había en sus ojos rastro de odio. Y por sus labios, entreabiertos en la agonía, parecía cruzar aquella sonrisa humana que iluminaba su rostro cuando las multitudes enardecidas le aplaudían, al terminar uno de sus discursos contra la plutocracia, contra la burguesía, contra todos los políticos explotadores del proletariado...

II

Por la noche, un doctor amigo operó a Felipe. La herida no era por fortuna muy grave. La bala había herido en la pierna derecha, yendo a detenerse en el hueso. No había interesado ningún tendón. La tibia estaba intacta. Extrajo la bala, y lavó la herida. Luego la vendó.

—No es nada grave, dijo. Unos días de quietud y pronto estará completamente bien.

El herido tuvo, durante la noche, un poco de fiebre. Apenas pudo dormir. Sus compañeros tampoco durmieron mucho. Por sus mentes cruzaba sin cesar el recuerdo del compañero muerto. Y también—como una figura odiosa que hacía crispase instintivamente sus puños—aquel López trágico que les había vendido por un puñado de pesetas.

Más que todo lo sucedido, más que la muerte del compañero, Antonio sentía el fracaso de la intentona. Se trataba de eliminar a un indeseable, a un gobernador salvaje que había cubierto de luto las ca-

lles de la ciudad, ensangrentándola con la sangre de los trabajadores.

Recordaba hechos cercanos. Primero las horas de miseria allá en la emigración, lejos de la patria querida, aplastada por el pie de hierro de un militarote borracho. Los años tristes de hambre y dolores, escondiéndose de la policía extranjera que a instigaciones de la nacional, perseguía como animales dañinos a los revolucionarios. La etapa dolorosa de persecuciones y martirios, donde cada noticia de la patria lejana era un nuevo dolor, porque traía el conocimiento del asesinato de algún buen compañero, del encierro en lóbregas prisiones de otro.

Recordaba después la caída del primer dictador, el retorno oculto al suelo natal para laborar por la revolución. Las encendidas arengas de los políticos que prometían al pueblo que les ayudara la redención, el castigo implacable de tanto ladrón y asesino, la conquista plena de una libertad ansiada.

Epoca grata de luchas duras, frente a una dinastía que se debatía en la agonía; peleas cruentas donde no pocos trabajadores perdían la vida. Pero días ilusionados por la esperanza de una victoria cercana, de un triunfo próximo sobre aquel Estado que se tambaleaba al impulso viril de los trabajadores organizados.

¡ Y el día del triunfo ! Aquella tarde primaveral en que la revolución, victoriosa en todas sus líneas, obligó a los tiranos a declinar sus poderes. Momentos de éxito en que los revolucionarios que combatían al lado de los trabajadores prometiendo liberarlos de sus cadenas se alzaron al poder. Cuando el pueblo—ebrio de alegría y esperanzas—paseó su alborozo de un extremo a otro de la nación en medio de vitores y aclamaciones.

Y luego, día tras día, el lento y continuado derumbarse de esperanzas; la tristeza, primero, de ver cómo pasaban indemnes las fronteras quienes más se habían distinguido en la persecución de obreros; el dolor, más tarde, de asistir a la marcha del régimen, traicionando, una tras otra, todas las promesas revolucionarias; cómo los políticos encaramados en el poder, olvidaban sus prédicas para adoptar el mismo tono brutal que sus predecesores; la transformación lenta y segura de los que un día se llamaron compañeros en enemigos irreconciliables; y la desesperanza, más tarde, de ver cómo después de triunfar la revolución eran asesinados los obreros con la misma impunidad que meses atrás.

Y ya después de la caída de los primeros trabajadores, las cosas siguieron a la deriva. Más a la derecha cada día los gobernantes; más enemigos del

proletariado revolucionario los políticos. Y entre los que habían luchado juntos, entre quienes habían puesto total o parcialmente sus ilusiones en aquel movimiento derrocador de una monarquía corrompida por todos los vicios, se fué abriendo un abismo de incomprensión y sangre. Los trabajadores se sintieron más alejados cada día de los que antaño se llamaron sus compañeros. Y pronto se encontraron, frente a ellos, en idéntica situación a la que se hallaran frente a los gobernantes monárquicos antes del derrumbamiento del régimen desaparecido.

Peor aún; porque antes, cuando un obrero caía víctima del terrorismo gubernamental, todos los políticos ahora encaramados en el poder, elevaban enérgicos sus voces de protesta. Y aunque esto sirviera de poco, evitaba algunos asesinatos, hacía que los polizontes fuesen más cautos y que en más de una ocasión no se atrevieran a apretar el gatillo homicida por miedo al escándalo que pudiera derivarse de su actuación.

Ahora, en cambio, defensores de uno y otro régimen, se unían estrechamente en la persecución del proletariado. Representantes dignos de una clase privilegiada, se estrechaban las manos por encima de sus diferencias ideológicas, para defender los intereses materiales contra los trabajadores explotados. Y

la lucha había vuelto a empezar. Más terrible, más dura, más inclemente. Sin compasión, sin cuartel. Y más terrible porque ya no se tenían esperanzas sino en una revolución transformadora que derribara por completo la podestumbre del Estado, que hundiera en la nada las diferencias clasistas. Y esta revolución—con el enemigo preparado, teniendo en sus manos todos los resortes del poder—era dura y difícil.

Sobre todo en la gran ciudad fabril, en la población tendida entre el mar y la montaña donde todas las inquietudes revolucionarias tienen fácil asiento, donde los hombres se mueven y vibran a impulsos de los más nobles ideales hermanos, la represión había alcanzado caracteres trágicos. Los viejos procedimientos terroristas, vergüenza de un pueblo civilizado, habían vuelto a tener plena efectividad. Los trabajadores eran perseguidos con saña, con ansias de exterminio.

La plutocracia local—la más incomprensiva y brutal de la nación—espoleaba sin cesar a la policía. Los periódicos—sumisos instrumentos de quienes les pagaban—incitaban a las autoridades a una política que diera al traste de una vez con las organizaciones obreras que estorbaban la tranquila digestión de los grandes fabricantes.

Además, la burguesía había encontrado al hombre que necesitaba. Durante unas semanas lo estuvo buscando. Y al fin lo encontró. Hombre siniestro de alma retorcida, presto a siempre encontrar motivos legales para toda acción violenta contra los obreros; jobado de cuerpo y alma, fiel servidor de una plutocracia que le pagaba bien sus servicios y le halagaba sin descanso.

Bajo el mando de este hombre, de este instrumento ciego de la plutocracia, la represión adquirió características tan dolorosas, que en más de una ocasión la sensibilidad ciudadana hubo de estremecerse, atormentada, ante el relato de alguna de las muchas atrocidades cometidas.

Al recordar esto, al acudir a su memoria los nombres de los compañeros caídos, de los trabajadores asesinados, Antonio sentía latir en su pecho un odio que le incendiaba la sangre, que le asfixiaba casi. El mismo odio que inflamara sus pechos jóvenes cuando en sus mentes surgiera la idea del atentado, de los disparos que eliminaran una vida perturbadora cuyo sueño era terminar con los obreros organizados.

Y al llegar aquí, los recuerdos de Antonio adquirían un tinte amargo. Era la evocación de las primeras entrevistas, las reuniones de los cinco con-

jurados, a las que ya asistía aquel López que les había traicionado. El recuerdo del nombre, de la figura repulsiva del traidor, del confidente, hacía crispase las manos de Antonio con ansias de apresarle entre sus manos y estrangularle.

López se había mostrado decidido. Era quien con más entusiasmo hablaba del atentado, el que parecía más indignado por la salvaje represión de aquel gobernante. Más indignado, aún, que él mismo; que el propio Juan, lleno de impulsos vengadores. Ahora sí, cuando ya había pasado todo, advertía ciertos detalles que cuando se produjeron no les dió la menor importancia; determinadas incoherencias, algunos temores, la sorpresa—algunas noches al retornar a casa—de la policía siguiéndole los pasos, como advertida de lo que se tramaba. Y, sobre todo, el dinero en abundancia de que disponía.

Ahora sí veía claro; ahora ya comenzaba a darse cuenta de todo. Pero ya era tarde. La traición estaba consumada. El atentado estropeado. Y Juan—el pobre Juan, lleno de entusiasmos revolucionarios—muerto en la sala fría de un depósito de cadáveres.

Al fin pudo Antonio dormirse. Comenzaba ya a clarear cuando logró conciliar el sueño.

III

Antonio se despertó, avanzada ya la mañana. Por la ventana entraba, hasta el centro de la habitación, un dorado sol invernal. Se vistió rápido.

En la habitación contigua estaba Pedro. Sentado ante una mesa, leía los periódicos de la mañana. Antonio se acercó. Sin moverse, el compañero le entregó un diario, órgano revolucionario en cercanos días. Antonio leyó. Hablaba extensamente de lo ocurrido la tarde anterior. Comentaba, con acritud, con odio, la actitud de los anarquistas, de los atracadores, como les llamaba. Y pedía, exigía de la policía, que buscase afanosamente a los que habían conseguido escapar para que los entregase al verdugo.

Pero no era esto lo interesante. Lo mismo decían los periódicos de la noche. Igual pedían los demás diarios de la mañana. Lo interesante para Pedro, para Antonio, para todos, era el comentario del general Murcia, del anciano militar símbolo vivo un

día de las inquietudes revolucionarias de su pueblo, de los anhelos libertadores de su raza. Era un tipo interesante. Un día, afanoso de servir a su patria, abandonó el ejército para entregarse al pueblo; otro se sublevó contra las tiranías que asfixiaban a su patria. Tuvo que huir; vivió en el extranjero, preparando el movimiento revolucionario, en contacto con los elementos avanzados. Figura noble, gloriosa la suya, ídolo del pueblo en los momentos de exaltación, cuando consiguió derribar para siempre la odiosa dictadura monárquica. Pero ahora, sin embargo, el general, defendiendo el puesto alcanzado, decía refiriéndose a Juan, a los cuatro anarquistas:

—Hay que terminar con esos bandidos, que viven del atraco, que a veces se injertan en las organizaciones obreras para corromperlas y que utilizan el carnet como gaceta.

Luego anunciaba que asistiría, presidiéndola, a la manifestación que se formaría para asistir al entierro de los policías muertos.

Antonio, al leer aquéllo, sintió rabia, asco, dolor. Había vivido en la emigración al lado del viejo general; había sufrido junto a él persecuciones y angustias. Hasta hambre.

Días angustiosos cuando la dictadura parecía in-

vencible y en la emigración no había qué comer; cuando ante los emigrados se cerraban todas las puertas. Y cuando sólo de las pesetas que los amigos enviaban desde la patria distante se conseguía comer.

¡Cómo revivía en la memoria de Antonio toda aquella época! Y los días en que el viejo general no murió de hambre gracias al dinero que Juan les envió desde la patria. ¡Y ahora se atrevía a llamarle atracador! Quizá tuviera razón; acaso Juan hubiera cometido algún atracó. Pero no fué para lucrarse personalmente con el dinero. Atracó, sí, a un funcionario, a un personajillo de la dictadura caída, quitándole un dinero—que antes le había sido robado al pueblo—y enviándoselo a los emigrados para que pudieran comer. De aquel dinero se había mantenido durante algún tiempo el general expatriado. ¡Y ahora, en cambio!...

Pero la indignación duró poco. Había muchas cosas que hacer. No se podía permanecer con los brazos cruzados. Entró a ver a Felipe. Estaba mejor. El médico había acudido a primera hora para levantarle el apósito. Durante la noche había tenido un poco de fiebre. Pero la herida presentaba excelente aspecto.

Preguntó a un buen compañero por López. No

había huido. Explicaba en forma un tanto lógica su tardanza en llegar al bar. Había tenido una rifa; los municipales les detuvieron durante unas horas. Como prueba de su inocencia—aparte de unos juramentos y unas lágrimas—, presentaba un ojo amoratado. Los compañeros le habían creído; pero, por un resto de desconfianza, no le habían dicho dónde se escondían Pedro, Antonio y Felipe.

Antonio meditó unos instantes. Había que vengarse. Atraerlo a una emboscada y matarlo fríamente, canallescamente, como se merecía aquel traidor. Su odio a los gobernantes se había transformado en ansia terrible de acabar con aquel miserable que les había vendido.

Los gobernantes, los plutócratas, cumplían con su deber de clase persiguiéndolos, asesinándolos en la calle. Pero aquel López, víctima como ellos de la explotación capitalista, hermano de luchas y fatigas que era capaz de venderse por un puñado de pesetas; aquel traidor que entregaba a sus hermanos a cambio de un pedazo de pan, no merecía compasión. Había que pisotearlo como a un sapo inmundito, cuya baba envenenaba a cuantos pasaban a su alrededor.

Pero tenía que ser pronto. La policía les seguía los pasos. Tenían ansias de vengarse, de encontrar

a los huídos, de entregarlos al verdugo, como pedía toda la prensa plutocrática. Era preciso huir, alejarse pronto de la ciudad inquieta, ponerse fuera del alcance de los colmillos reaccionarios.

Durante largas horas Antonio meditó. Se puso de acuerdo con Pedro. Ultimaron los detalles. Luego, atardecía ya, salieron a la calle. El dueño de la casa, buen compañero, les había dicho ya dónde podían encontrar a López.



IV

Barrio del puerto, sucio y maloliente, donde los maleantes hallan fácil cobijo. Callejuelas retorcidas y húmedas, por donde los provincianos—saturados de mala literatura—se aventuran con el temor pintado en los ojos, esperando tras cada esquina la puñalada mortal.

En el límite de la barriada, junto a la gran vía, cuyos faroles parecen trazar la línea divisoria entre la ciudad industrial que lucha y se afana, y el barrio maldito de los choriceros y las prostitutas, un bar. Escondido, semidesierto.

Allí fué Antonio a buscar a López. Sabía que éste, fingiéndose perseguido, rebuía los lugares frecuentados. Y que lo encontraría allí. Un momento, antes de ir, temió un lazo. Pero no. López tenía que alejar las sospechas; bien sabía que si públicamente se confirmaba que era confidente, aunque matasen a Antonio, aunque prendieran a Pedro, moriría a manos de cualquier compañero. Todo

lo perdonaban los anarquistas, menos la traición, al canalla que por unas pesetas era capaz de vender a sus hermanos de clase y de lucha.

Entró Antonio en el bar. En un rincón, solo y meditabundo, López. Antonio sintió un ramalazo de locura. Por sus ojos cruzó un deseo asesino. Con furia, apretó la pistola, preparada ya en el bolsillo. Pero se contuvo. Matarle allí, sería entregarse a la policía. Y, además, había que convencerse de la traición.

Se acercó. Al verle, López se puso en pie, pálido y nervioso. Antonio le saludó amistosamente, como si nada sospechara. Comenzaron a hablar. Hábilmente fué haciendo preguntas y sacando deducciones. Pronto no le cupo la menor duda. Y las que pudieran quedarle desaparecieron cuando, en un movimiento brusco de López, pudo ver, aunque estaba tapado con el chaleco, un magnífico alfiler de corbata.

Llegó Pedro. Durante un buen rato hablaron. De lo ocurrido, de la herida de Felipe, de las posibilidades de fuga. Mientras, se había ido haciendo de noche. Sobre la ciudad caía ahora una lluvia fina y fría.

Salieron. López quería ver a Felipe. Antonio lo había supuesto. De antemano un taxis—con un

buen compañero chófer—estaba convenientemente apostado. Al ver que llovía, Pedro dijo:

—Está lloviendo. Vámonos a tomar un taxi.

—¿Tan lejos está?, preguntó extrañado López.

—Sí, un poco lejos.

El auto se puso en marcha. Rápidamente atravesó la ciudad. Desde el mar hasta la montaña. Comenzó a trepar por los contrafuertes de la cadena montañosa. Durante el trayecto no hablaron una palabra. Al observar el lugar donde se encontraban, López preguntó un poco asustado:

—¿Pero dónde vamos?

—A buscar a Felipe, replicó Antonio.

Signieron la marcha. De pronto, el auto se detuvo. Estaban en plena montaña, en medio de un espeso pinar. Pedro dijo:

—Aquí es.

López, receloso, bajó mirando asombrado en torno suyo:

—¿Dónde?

Retrocedió espantado. En la mano de Antonio brillaba una pistola:

—¿Qué significa esto?, balbuceó.

—Significa, replicó Antonio, que conocemos tu traición, y que vas a pagarla ahora mismo.

Intentó protestar. Durante un rato, con voces,

con lamentos, con lágrimas, trató de convencerlos de su inocencia. Luego, cuando vió ante sí, fríos e incommovibles, a los tres hombres pistola en mano, quiso convencerlos por el dinero:

—Si me dejáis, si no me matáis, os daré lo que os dé la gana...

Antonio le interrumpió:

—¡Basta ya! ¡No queremos nada! ¡Matarte únicamente, aunque con tu vida no pagas lo que has hecho!

López hizo un supremo esfuerzo, una llamada a la valentía de los ex compañeros:

—¿Pero me vais a matar así, cobardemente? ¿Entre tres y estando yo desarmado? ¿En una emboscada y por la espalda?

Antonio le atajó:

—Sí, de noche y por la espalda, como un perro, como tú te mereces...

Por la mente enloquecida de López cruzó la idea de la fuga. Dió un salto y comenzó a correr con rumbo al pinar cercano. Pero no tuvo tiempo de llegar. Sonaron tres tiros. Y López, herido por la espalda, cayó redondo, revolcándose en el barro.

Antonio se acercó al herido. Lo examinó durante unos segundos. Luego:

—Está bien muerto. Vámonos.

Al día siguiente, la Prensa daba la noticia del hallazgo en plena montaña de un hombre scribi-llado a balazos. La policía no supo—o no quiso decirlo—de quién se trataba. Pero por la gran ciudad, por los medios obreros, cruzó rápida la buena nueva de la justicia ejemplar.

Mientras, los tres anarquistas cruzaban la frontera. Otra vez la emigración. A seguir luchando desde el extranjero por la revolución libertadora.

Eduardo de Guzmán